

Y le conté. Se lo conté todo, entre hipos y sollozos. Le hablé de la excursión con Daniel, de cómo quiso enseñarme a matar liebres y no quise, de cómo hizo que apretara el gatillo junto con él y desconfié y presioné desviando el caño de la escopeta y pasó el diablo y cayó la torcaza, un revuelo de plumas y de sangre, muerta, irremediabilmente muerta por mi culpa hasta el juicio final.

Me abrazó más fuerte, envolviéndome en más perfume a lavanda, y me meció desde la cintura al compás de una especie de cantito que era un «ayayayayayay» de consuelo y sonriente y justificada absolución.

—Vamos a ir por partes —dijo soltándome y bajando los párpados durante un momento, como para ver la escena por dentro, como cuando reflexionaba a fondo sobre las almas destinadas al limbo o sobre ese doble que cosas y personas tenemos en la lucha—. Vamos a proceder como en los tribunales para que veas que eres inocente. En primer lugar, tú no mataste a la torcaza, porque no fue tu intención hacerlo; segundo, sin acusar a nadie, Daniel tenía un dedo más fuerte que el tuyo puesto en el gatillo; tercero, te obligó a poner la mano y fue tal tu rechazo que hasta desviaste el caño de la escopeta; cuarto, si nadie le apuntó, nadie tiene la culpa, la culpa fue de la casualidad que se llama destino y que, como sabemos, es un niño loco que se pasea con un palo dentro de un bazar (ella no sabe que me encerrarán con él a solas, muchas veces más). Iba contando prolijamente los dedos, deteniéndose en cada uno con suma energía, para convertir esas viejas manos en las agarraderas de la salvación. ¿Estás entendiendo o vamos a necesitar testigos?

—No, no; entiendo. La mató el chico, pero me golpeó a mí también. Y ahora me duele, me está doliendo aquí. Es un dolor raro.

Me separé de las almohadas y llevé la mano a la espalda, pero no me animaba a hablarle<sup>s</sup> del ala, no todavía.

—Vamos a ver. Ponte boca abajo.

Obedecí no sin temor. A lo mejor yo no sentía el relieve porque el ala estaba sólo dibujada. Vaya a saber cómo serían esas cosas del castigo divino.

Levantó las ropas y me revisó; me palpó, me tanteó, me exploró, como ungiéndome con una mano de nieve bienhechora.

—No hay nada aquí, te lo aseguro. Ni un moretón, ni un rasguño, ni una marca, ni un lunar, ni siquiera tus iniciales. Nada más que piel inmaculada e infantil.

Me volví. Si no se lo contaba a ella, ¿a quién? Me animé, me empujé a mí misma lo más alto posible, como en el columpio, hasta que se me cortó el aliento y entrecorradamente le hablé del ala negra que sentía en el medio de la espalda, del tirón con que a veces parecía a punto de desprenderse, de todo cuanto había experimentado el día de la nevada, de lo que había dicho el endemoniado Sheik acerca de sus alas y de mi sospecha de que éramos iguales, de que estábamos inexorablemente condenados.

Me miraba atónita, perdida en horribles encrucijadas, con los ojos vidriados por las lágrimas (de la rama materna cuelga para mí la herencia de una inagotable bolsa de lágrimas), hasta que juntó las piezas de todo el rompecabezas y comenzó a armar

la más bella pradera para el reposo y la alegría. Entonces, apretándome muy fuerte las dos manos, arrancó con la decisión de los apostadores:

—Criatura, todo es muy sencillo. Pero hay que ir por partes, otra vez, revisando las costuras de los hechos para no pegar las solapas en el codo. Te duele un ala oscura, porque crees que es un castigo por lo que le sucedió a la desdichada torcaza, que volaba con las suyas (admirable abuela, a quien la indulgencia y el amor le daban aquellas agallas hasta para ser discípula de Freud; ni siquiera sé cómo no se le ocurrió la palabra «transferencia»). Pero el ala no existe, porque no hay culpa y si no hay culpa no hay castigo. Convéncete hasta las uñas de los pies, convéncete hasta el Himalaya.

Se interrumpió porque se abrió la puerta y asomó la cabeza encapuchada de Laura.

—¿Por qué tiene que ir al Himalaya? ¿Para convencerse de qué? ¿De que el Himalaya existe? —preguntó con su mejor sonrisa de «zapallo calado lado a lado y luminaria adentro».

—Laura, déjanos solas. Tenemos mucho que hablar. Ve tú a mirar si la nieve todavía existe —le ordenó con dulzura la abuela. —Sí, existe, pero poco. El suelo se la comió y tiene la boca sucia. Y el muñeco que hicimos ya perdió la cabeza. Sólo vine a ver cómo estabas, por esas cosas del amor fraternal —contestó acercándose.

Me dio un beso frío frío en la mejilla y se fue corriendo.

La abuela me dio la mano y retomó:

—Pasemos a la segunda parte, pero no olvides nunca la primera. Muchos te dirán que no hay primera sin segunda, pero yo te digo que no hay segunda sin primera, porque sin primera no hay dónde apoyar el pie para pasar. Y bien, vamos a ver la nevada. Ahí estás tú, que crees tener un ala que no tienes, ya sabemos por qué, y está el Sheik, que es un pobre muchacho equivocado y que habla de sus negras alas porque todos le dicen que es un diablo y él cree que los diablos tienen alas negras y que ya que no se distingue por ser un ángel, puede distinguirse por ser un demonio. ¿Estás entendiendo?

—Entiendo, pero por la mitad. Porque si el Sheik cree que sus alas son de diablo, la mía debe de serlo, también, o ¿de qué es? —me atreví a preguntar, a pesar del temor que me inspiraba la posible respuesta.

—¿De qué va a ser? De viento, de cavilaciones, o de sombra de torcaza, a lo sumo, porque no existe ni existirá jamás. Tampoco las del Sheik, pero es una manera diferente de no existir. Tu ala no existe, *ni quiere existir*, ni siquiera como ala de torcaza; mientras que las de él no existen, *pero quieren existir* como alas de demonio, y anda jactándose de que las tiene, exhibiendo sus ojeras, haciendo alarde de su humo y de su alcohol y hasta vanagloriándose de comer flores. Entiéndelo de una buena vez: tú eres inocente y no tienes de qué arrepentirte; él es culpable y está contento de serlo, pero el que es culpable y se arrepiente no es un diablo, porque si los diablos se arrepintieran de ser culpables estarían tomando el partido de Dios, estarían escupiéndolo al infierno.

Se había puesto seria, muy seria, mientras abogaba desde la cabecera de la mesa, tal vez desde un estrado, o hasta desde un trono.

Cerré los ojos y apareció la enorme nube turbulenta, un amasijo de relámpagos enceguecedor, y oí la voz que llamaba «¡Lía!» Tenía que acudir. Me estaban convocando para el Juicio. Me vi subir, pequeña y vulnerable, por un caminito estrecho abierto entre la nieve. Colgando de mi mano, la torcaza muerta dejaba un reguero de sangre sobre la blancura, y a mi lado, vestida de ángel, flotaba la abuela. Iba a testimoniar en mi favor. Subimos y subimos alejándonos, achicándonos cada vez más, hasta ser tres puntitos, hasta desaparecer.

—Lía, ¿duermes?

«Si le digo que sí, miento.» Abrí los ojos.

—No, abuela. Tengo mucho que pensar.

—No juntes más pensamientos, no sea que te salgan por las orejas y haya que cortarlos. Mañana te levantarás, porque ya no tienes fiebre. Podrás ir de la sala al comedor, como la naranja.

—No, a la naranja la matan. No la matan con cuchillo, pero la matan con tenedor —me quejé, recordando el final de la canción.

—Yo no hablo de esa naranja. Hablo de la media naranja y de la naranja entera que van por la carretera —se corrige enseguida, con la habilidad que tiene para transformar un papel en una rama, o una cáscara de melón en la nave de Cleopatra, sin girar siquiera una manivela.

—Esas naranjas van más lejos. Van por la carretera. Entonces, ¿puedo salir mañana? —pregunté aferrando la oportunidad al vuelo.

—No, mañana todavía no. Te quedarás en casa, pero podrás ver por la ventana el muñeco de nieve que perdió la cabeza, según nos dijo Laura.

—Quiero verlo ahora, abuela, por favor, antes de que se acabe. Mañana será tarde —rogué ansiosamente, sin demasiada esperanza.

Pero ella ya había tomado mi bata y me alcanzaba las chinelas.

Salté de la cama. Tenía las piernas raras, como en los sueños, cuando hay que huir de una casa en llamas o de la «cosa» informe que nos persigue. Los huesos parecían de azúcar, solubles, quebradizos. Desaparecerían y yo podría elevarme por los aires con cabeza de nube. Ella lo adivinó porque me retuvo por un brazo, me rodeó la espalda con el otro y me llevó hasta la primera ventana del living.

Apoyé la frente en el cristal. Allí estaba el muñeco, enorme, con los brazos cruzados contra el cuerpo, pero sin piernas, porque era una sola mole hasta el suelo, y sin cabeza, porque se había disuelto o se la habían sacado. Quedaba la corbata colorada y encima un viejo sombrero de copa.

Fue como si me saludara, porque el sombrero se deslizó a sus pies. Tal vez el viento se lo arrebató, tal vez alguien se lo empujó desde atrás, pero alguien invisible, porque no había nadie por ninguna parte.

Entonces apareció. Estaba allí donde estuvo el sombrero, inmóvil, con las alas plegadas.

La miré atónita. Era oscura, casi negra. Era igual. *Era* la misma.

—¡Lía! La torcaza. Salió del muñeco. Salió de la nieve. Se purificó y ha resucitado.

—Exclamó con júbilo la abuela, juntando las manos frente a lo increíble.

Paloma desorientada, paloma aturdida. No se resucita aquí ni allá. Se resucita Más Allá. Pero no, paloma bendita: quisiste que yo presenciara el milagro junto con el perdón.

Entonces voló, voló muy lejos, hasta ser un puntito, hasta desaparecer. ¿Iría hacia allá? ¿Iría para testimoniar por mí cuando llegara el momento?

«Gracias», murmuré, poniendo la boca y las mejillas mojadas contra el vidrio.

**Olga Orozco**

